

GLORIA WANDROUS

(BUtterfield 8)

JOHN O'HARA

Traducción de David Paradela López

CONTRA

Butterfield 8

© 1935, John O'Hara

Todos los derechos reservados

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: David Paradela López

Diseño: Setanta

Adaptación de cubierta y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Diciembre de 2018

© 2018, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2018, David Paradela, de la traducción

© Weegee (Arthur Fellig) / International Center of Photography / Getty Images,
de las fotos de la cubierta

© Katherine Young, del retrato de John O'Hara de 1945

ISBN: 978-84-949375-4-5

Depósito Legal: DL B 27547-2018

Impreso en España por Liberdúplex

Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.





Uno

Aquel domingo de mayo por la mañana, una muchacha que más tarde habría de causar sensación en Nueva York despertó demasiado temprano considerando lo sucedido la noche anterior. En un minuto, pasó de dormir a encontrarse completamente despierta y al borde de la desesperación. Era un tipo de desesperación que había sentido quizá unas dos mil veces, teniendo en cuenta que hay trescientas sesenta y cinco mañanas en un año natural. Generalmente, el motivo de su desesperación era un doble remordimiento: el remordimiento de saber que, hiciera lo que hiciese a continuación, de nada iba a servirle. La causa concreta de aquellos minutos de terror y soledad no siempre eran las palabras ni los actos que aparentaban ser la causa. Aquel año había ido muy lejos. Lo suficiente para saber que lo hecho y dicho la noche anterior no revestía particular importancia. Su comportamiento una noche cualquiera, al que probablemente achacaría su desesperación del día siguiente, era por lo común reprehensible, pero a menudo no tanto como para justificar la profundidad extrema de su desesperación. Era consciente, si bien solo a medias y solo tras haber conquistado la costumbre de engañarse a sí misma, de que se había aficionado a esa sensación. La desesperación originaria quedaba muy lejos, pues la muchacha se había encallecido hasta el punto de obviar la causa originaria y primordial de toda la desesperación que pudiera llegar a sentir a lo largo de la vida.

Y es que sí, había una causa.

Pero, durante años, la muchacha se había encallecido para no pensar en ella, con la esperanza de ahuyentarla y sustraerse a su recuerdo. Y así, se sucedían las mañanas —y, a veces, también las tardes— y ella despertaba y, desesperada, comenzaba a preguntarse qué habría hecho antes de acostarse para sentirse tan llena de terror. Entonces recordaba y, durante una fracción de una fracción de segundo, pensaba: «Ah, sí, ya recuerdo», y elaboraba alguna explicación para el recuerdo de la maldad manifiesta que hubiera cometido. A eso le seguía una retahíla de maldiciones y de gritos, de crueles autorreproches susurrados. En el curso de esos feroces arrebatos, no ahorra en improperios hacia su persona. Susurraba sin cesar las cosas que los hombres se dicen los unos a los otros cuando se instigan para matar. Al cabo, aquello la dejaba exhausta y postrada en un estado de débil insolencia, aunque no tan débil como parecer débil a ojos de otros. A ojos de otros, seguía mostrándose igual de insolente, pero ella sabía que no era más que inercia. Simple inercia.

Para empezar, había que levantarse y vestirse. Aquel domingo por la mañana, hizo algo que hacía a menudo y que le reportaba cierto placer. El cordón del pijama que llevaba puesto se había desatado durante la noche, y al abrirse el pijama se echó a reír. «Me pregunto dónde se habrá metido», se dijo.

Salió de la cama sujetándose el pijama con las manos y, aunque su paso era inseguro y su cuerpo sufría una resaca considerable, recorrió el apartamento entero sin dar con él. Era un apartamento grande. Había una gran habitación con un piano de cola, numerosos muebles antiguos y macizos y, en un rincón de la pieza, donde estaba la librería, una colección de retratos ampliados de hombres y mujeres, niños y niñas a caballo o de pie junto a un caballo de monta. Había una fotografía de una muchacha en un tándem enganchado a un hackney, pero mirando con cuidado podían verse unas riendas, probablemente sujetas por un mozo que quedaba fuera de cuadro. Había unas cuantas medallas enmarcadas, recuerdos de una feria rural en Connecticut. Varias

fotografías de yates que, de haberlas examinado con cuidado, la muchacha habría descubierto que no eran distintos yates, sino siempre el mismo velero Sound Inter-Club. Una fotografía de un bote de ocho con su tripulación, y otra de un remero sosteniendo un remo. Inspeccionó minuciosamente esta última. El hombre tenía el pelo corto, vestía calcetines gruesos de lana, camisa de algodón con tres botones en el cuello y una pequeña letra a la altura del corazón, y un pantalón abultado en el centro debido al suspensorio y el contenido de este. Le sorprendía que hubiera una fotografía como esa en aquel cuarto, seguramente a la vista de unas niñas en edad de crecer. «Claro que en este retrato jamás lo reconocerían, a menos que alguien les dijera quién es.»

Había un comedor casi tan grande como la primera habitación. La estancia le hizo pensar en carnes bañadas en salsa. Había cuatro dormitorios, aparte de aquel en el que había despertado. Dos de ellos eran cuartos de niña; el tercero, el dormitorio de la criada, y el último, de una mujer. Se detuvo un rato en este.

Revisó los armarios y se fijó en la ropa. Contempló la cama, pulcra y fresca. Olisqueó los frascos del tocador y, a continuación, abrió la puerta de otro armario. Lo primero que vio fue un abrigo de visón, y en realidad ya no vio nada más.

Salió del cuarto, regresó al dormitorio y recogió sus cosas: los zapatos y las medias, las bragas y el vestido de noche. «Pero cómo voy a ponerme esto. No puedo salir así. No puedo salir a plena luz del día con un vestido de noche y un abrigo.» El abrigo, más bien una capa, seguía encima de la silla donde lo había dejado cuidadosamente doblado. Al volver a mirar el vestido, recordó con mayor viveza la noche anterior. El vestido estaba roto, con la parte delantera rasgada por la mitad hasta la cintura. «Hijo de puta.» Arrojó el vestido al suelo de uno de los armarios y se quitó el pijama, que era *de él*. Se duchó y se secó despacio, utilizando muchas toallas, que dejó tiradas en el suelo del baño; después, tomó el cepillo de dientes de él y lo puso bajo el grifo del agua caliente. El agua salió a una temperatura que impedía tocarla, quizá tan caliente como para esterilizar el cepillo. Eso la hizo reír. «Me acuesto con

él arriesgándome a pillar cualquier cosa, pero luego esterilizo su cepillo de dientes.» Se cepilló y enjuagó la boca, y preparó un vaso de sal de frutas que luego se bebió con avidez. Se sentía algo mejor y pronto se sentiría mejor aún. La desesperación iba remitiendo. Ahora que ya sabía cuál era la maldad que iba a cometer, lo afrontó y se sintió en paz. No veía el momento de hacerlo.

Se puso las bragas y los zapatos y las medias y se cepilló el pelo y se maquilló la cara. No mucho. Abrió la puerta de uno de los armarios e introdujo la mano en los bolsillos de la ropa de noche de él, pero no encontró lo que buscaba. Encontró lo que buscaba, los cigarrillos, en el interior de un estuche guardado en el primer cajón de una de las cómodas. Prendió uno y se fue a la cocina. Sobre la mesa de la cocina había un sobre que le había pasado inadvertido durante la ronda previa por el apartamento. En letras redondas e inclinadas hacia la izquierda, a lápiz, ponía: «Gloria».

Abrió la solapa, que estaba pegajosa y no muy bien cerrada, y sacó tres billetes de veinte dólares y una nota. «Gloria: esto es por el vestido. He tenido que irme al campo. Te llamaré el martes o el miércoles. W.»

—Mira tú por dónde —dijo en voz alta.

Empezó a moverse más deprisa. Encontró dos sombreros de fieltro negro casi idénticos en uno de los armarios de las niñas. Se puso uno. «Creeré que se lo ha llevado al campo y lo ha perdido.» Cayó en que debía de tener un aspecto de lo más cómico con los zapatos, las medias, las bragas y el sombrero negro. «Pero enseguida lo arreglaremos.» Volvió al armario de la mujer, sacó el abrigo de visón y se lo echó por encima. Luego regresó al primer dormitorio y guardó los sesenta dólares en su pequeño bolso tachonado de cristales. Ya estaba a punto.

De camino a la puerta, se detuvo a mirarse en el espejo de cuerpo entero del vestíbulo. «Si no fuera primavera, estaría divina. Y aun así... no se ve nada mal», pensó de buen humor.

El buen humor le duró mientras bajaba en el ascensor. El ascensorista no era guapo, pero sí alto y joven, alemán, obviamente. Se

divirtió pensando en la cara que pondría el muchacho si se abriera el visón.

—¿Quiere que le pida un taxi? —le preguntó este sin girarse.

—Sí, por favor —dijo ella.

Si llegaran a pedirle una descripción suya, el ascensorista no la recordaría. Recordaría, sí, que era bonita, o al menos que parecía bonita, pero no sería la persona más indicada para obtener una buena descripción. Lo único que acertaría a decir es que llevaba puesto un abrigo de visón, y eso la persona que le hubiera pedido que la describiera lo sabría ya de sobra. Era el único motivo por el que alguien podría haberle pedido su descripción. No era el mismo ascensorista que estaba de turno la noche anterior; aquel era un tipo mayor que ni siquiera se había quitado la gorra del uniforme dentro del ascensor. Se acordaba de la gorra. El joven, por tanto, no se extrañó lo más mínimo al verla vestida con un visón en lugar de con el abrigo de terciopelo que llevaba puesto al llegar. Lo más probable era que ni siquiera supiera de qué apartamento había salido.

Dejó que el joven la precediera hasta el gran portón de hierro y cristal del edificio y vio cómo levantaba el dedo para pedir un taxi. Decidió no darle propina por aquel pequeño servicio —de lo contrario, sí la recordaría—, subió al taxi y se sentó en el rincón, donde no pudiera verla.

—¿Adónde vamos, señorita? —dijo el taxista.

—A Washington Square. Ya le diré dónde tiene que parar.

Lo dirigiría hasta uno de los edificios de apartamentos de Washington Square y le pagaría la carrera, y entonces entraría y preguntaría por alguien inexistente, y prolongaría la situación lo suficiente para que el taxi se perdiera de vista. Luego saldría y tomaría otro taxi hasta Horatio Street. Le daría una sorpresa a Eddie. Eddie se pondría hecho una fiera, porque seguramente estaría con alguna chica; a fin de cuentas, era domingo por la mañana. Estaba contenta y, en cuanto se hubiera librado del taxista, entraría en Jack's a comprar una botella de whisky para Eddie y su chica. En la esquina de Madison, el taxi estuvo a punto

de arrollar a una pareja; el hombre pegó un grito y el taxista hizo otro tanto.

—Bien dicho, que los zurzan —dijo Gloria.

En el mismo barrio, otra chica estaba sentada en la punta de una mesa de comedor más bien larga. Estaba fumando, leyendo el periódico y, de vez en cuando, posaba el cigarrillo en el cenicero y, con la mano libre, se frotaba el cabello corto y húmedo de la nuca. El resto del pelo estaba seco, pero en la piel de la cabeza y la nuca se distinguía una línea muy marcada que denotaba dónde se había puesto el gorrito de ducha. Se frotaba el pelo intentando secárselo, después se pasaba los dedos por el hombro del salto de cama y los deslizaba por la parte delantera de su cuerpo hasta detenerlos sobre el pecho. Entonces dejaba así la mano, tapándose parcialmente el pecho y con los dedos apoyados bajo el brazo, en la axila. Luego giraba la página del periódico, recogía el cigarrillo y lo sostenía un rato, hasta que el calor de la punta encendida la advertía de que iba siendo hora de soltarlo o quemarse los dedos. Entonces lo depositaba en el cenicero y vuelta a empezar a frotarse el cabello de la nuca.

Finalmente, se levantó y salió de la habitación. Cuando regresó, estaba desnuda, a excepción del sujetador y las bragas. En lugar de volver a la mesa, se quedó de pie, apoyó una rodilla sobre una de las sillas y miró por la ventana que ocupaba toda esa pared de la estancia. Se encontraba en esa postura cuando sonó el timbre, y entonces fue a la cocina.

—¿Sí? Dígale que suba, por favor.

Se dirigió presurosa al dormitorio y salió poniéndose un suéter de cachemira sobre los hombros y vestida con una falda de tweed, medias finas de lana y zapatos de tacón bajo con unas lengüetas a la escocesa que se agitaban ligeramente. Sonó un segundo timbre y fue hacia la puerta.

—Hola. Hola, hola y hola. ¿Qué se cuenta la señorita Stannard? ¿Cómo está la señorita Stannard?

—Hola, Jimmy —dijo la chica.

Cerró la puerta y, al instante, él la tomó entre sus brazos y la besó.

—Hmm, cuánta indiferencia —dijo él, lanzando el sombrero sobre una silla y sentándose antes que ella. Le ofreció un cigarrillo con un gesto, pero la muchacha declinó sacudiendo la cabeza.

—¿Café? —dijo.

—Sí, si está bueno, me tomaré un café.

—Lo he hecho yo y me he tomado dos tazas. Por lo menos es bebible.

—Claro, pero lo has hecho tú. Dudo que tirases un café que has hecho tú misma.

—¿Quieres o no?

—Un poco. Una tacita de ese mejunje caliente para el caballero del traje azul.

—A propósito, ¿a qué viene ese traje? ¿Al final no te ha prestado el coche ese tal Como-se-llame? Creía que íbamos a ir al campo. —La muchacha echó una mirada a la ropa que llevaba puesta y después a la de él. El chico llevaba un traje de sarga azul, camisa blanca con el cuello almidonado y zapatos negros—. ¿Es que has empezado a trabajar en Wall Street desde la última vez que nos vimos?

—No. Y eso vale para ambas preguntas. Norman Goodman, tu Como-se-llame, no me ha prestado el coche. Por cierto, lo conociste la noche que fuimos a Michel's y lo llamaste Norman. En cuanto a lo del trabajo en Wall Street... En fin, ni siquiera voy a contestar. Norman me llamó anoche y me dijo que tenía que llevar a su padre a una circuncisión o no sé qué.

—¿Su padre es rabino?

—Anda, no seas... No, mi niña, no es rabino, y lo de la circuncisión me lo he inventado.

—¿Y ahora qué hacemos? Porque supongo que tampoco le has pedido el coche a nadie más. Con el día de campo que hace hoy..

—Hoy estoy forrado. Pensaba que podíamos ir al Plaza a desayunar, pero si ya has desayunado... Se supone que tengo que ir a cubrir un sermón, pero ¿cómo voy a ir a cubrir un sermón pro-

testante con el día que hace? No sé ni para qué me mandan. Les mandan los sermones a la redacción y yo lo único que hago es ir a la maldita iglesia, volver a la redacción y transcribir el sermón o componer la página. Me limito a escribir un titular, algo así como: «La Depresión despierta la fe de los americanos, según el reverendo Makepeace John Meriwether, no lo escribas con *a* o estás despedido, rector de la catedral Libre Episcopal Metodista de la Gracia de San Patricio». Y así. ¿Tienes un poco de crema?

—Me temo que me la he acabado. ¿Te da igual que sea leche?

—Mi madre, Isabel, qué cuerpazo tienes. Muévete un poco más. Camina hasta la ventana.

—De eso nada —dijo ella sentándose—. Ahora en serio, ¿qué vamos a hacer?

—¿No quieres ir al Plaza? ¿Ni siquiera cuando estoy forrado?

—¿A qué se debe tanta opulencia?

—Le he vendido una cosa al *New Yorker*.

—No me digas. ¿Qué es?

—Pues verás, hace un mes estaba trabajando en una noticia cerca de la tumba del general Grant y descubrí que en el río hay instalada una colonia de casas flotantes. La gente vive en esas barcazas todo el invierno. Tienen gas, electricidad, luz y radio. Durante el invierno, las barcazas están montadas sobre unos palafitos de madera, pero en primavera le piden a un remolcador que se las lleve hasta Rockaway o algún sitio por el estilo, y ahí pasan el verano. Me pareció que podía ser un buen tema para la revista, así que me puse a investigar, lo envié y ayer recibí un talón por valor de treinta y seis dólares, que me vienen de perlas. Y me han pedido que escriba más cosas.

—Y lo harás, ¿verdad?

—Supongo. Lo cierto es que no puedo comprometerme demasiado porque, lo creas o no, tengo un trabajo, además de la novela.

—¿Qué tal va la novela?

—Como Santa Claus. Y ya sabes cómo va Santa Claus.

—Me parece que voy a dejarte.

—¿Para siempre?

—Unas cuantas más como esta y sí, para siempre. Con el día de campo que hace hoy... —La muchacha se levantó y se asomó a la ventana—. Mira a esos tipos. Nunca me canso de verlos.

—¿Qué tipos? Estoy demasiado cómodo para levantarme a ver hombres. Cuéntame tú qué hacen.

—Los hombres de las palomas. Los domingos se pasan el día entero en la azotea, espantando palomas. La señora de la limpieza dice que es porque tienen una bandada de palomas, pongamos dieciocho, y que las espantan con la esperanza de que, cuando vuelvan, sean diecinueve o veinte. A veces, hay una o dos de otras bandadas que se confunden y se van con las otras, y así van sumando palomas. No es *exactamente* lo mismo que robar.

—Entonces, ¿qué? ¿No quieres que vayamos a desayunar al Plaza?

—Ya he desayunado, y seguro que tú también.

—Pero lo de siempre: jugo de naranja, tostadas con mermelada, café. Se me había ocurrido que podíamos pedir riñones y cosas de esas: que si tortilla, que si patatas fritas. Como los ingleses. Pero, si no quieres, nada. Me parecía que podía ser divertido, o, por lo menos, distinto.

—Otro día. De todos modos, voy a cambiarme y saldremos a gastarnos tu dinero de otra forma, ya que insistes.

—No se me ha olvidado que te debo diez dólares.

—Gastaremos esos primero. Ahora voy a cambiarme.

Jimmy recogió unas cuantas secciones del periódico.

—¡El *Times*! —gritó—. Jamás verás un artículo mío en el *Times*. ¡Será posible!

Pero ella ya había cerrado la puerta del dormitorio. Salió diez minutos después.

—Hmm. Muy bonito. Muy bonito. Hmm.

—¿Te gusta?

—Es el mejor vestido que he visto en mi vida. Y el sombrero. Qué monada de sombrero... Creo que este año los sombreros de chica son mejores que nunca. Son una cucada todos. Me da que tiene algo que ver con el peinado.

—A mí me da que tiene mucho que ver con el peinado. Por cierto, que yo todavía tengo el pelo húmedo, parezco la ira de Dios, y todo por tu culpa. Si hubiera sabido que no iríamos al campo, no me habría duchado. Me habría dado un baño y no se me habría mojado el pelo. Recuérdame que paremos en un supermercado...

—¡Mi niña, estoy tan contento!

—... para que pueda comprarme un gorrito de ducha decente. Jimmy, antes de que nos vayamos, quiero recordarte por última vez que tienes que dejar de llamarme así. No soy tu querida ni me has encontrado por la calle ni estoy acostumbrada a que me llamen de esa manera. ¿Les hablas así a las mujeres que trabajan en los periódicos? Y aunque lo hicieras, estoy segura de que no les gusta. ¿Es que no puedes admirar mi vestido sin entrar en detalles acerca de mi figura y...?

—Pero ¿por qué narices iba a hacerlo? Supongo que si te pones ese vestido, es para realzar tu figura, ¿no? ¿Sabes por qué te queda bien? Porque tienes los pechos bien puestos, igual que todo lo demás. Es que tiene bemoles la cosa, ¿por qué no puedo decirlo?

—Creo que será mejor que te vayas —dijo ella quitándose el sombrero y volviéndose a sentar.

—Está bien, me voy.

Jimmy recogió su sombrero y atravesó cansinamente el corto pasillo hasta la puerta del apartamento. Sin embargo, no llegó a abrirla. Apoyó la mano en el tirador, se dio la vuelta y regresó.

—No te he dicho nada —dijo ella.

—Lo sé. Ni tampoco te has movido. Lo sé. Sabes que no saldría por esa puerta tan bien como que no me tiraría por la ventana. ¿Me perdonas, por favor?

—Volverá a pasar lo mismo, de la misma manera y por la misma razón. Y entonces vendrás y me pedirás que te perdone y yo lo haré. Y cada vez que lo hago me odio a mí misma, Jimmy. No por haberte perdonado, sino porque odio esas expresiones, odio que me hablen de esa manera, y ya sé, sé *perfectamente* que la única razón por la que me hablas así es porque *yo soy* la clase de

chica a la que tú le hablas así, y eso es lo que no soporto. El hecho de saberlo.

—Mi niña, eso no es verdad. Tú no eres ninguna clase de chica. Tú eres tú, Isabel. ¿Por qué nunca me crees cuando te digo lo que te he dicho tantas veces? Que hagamos lo que hagamos, cada vez que te veo así, de buena mañana, durante el día, delante de otra gente... no puedo creerme que seas mi chica. O que lo hayas sido alguna vez. Además, estás tan encantadora con ese vestido y el sombrero... Siento ser como soy.

—A Lib nunca le hablarías de esta manera. Ni a Caroline.

—Ni de esta ni de *ninguna* manera. Me dan igual. Vámonos antes de que vuelva a decir lo que no debo.

—Está bien. Bésame. Suave.

La muchacha le tendió la mano y él la levantó de la silla hasta que los dos estuvieron juntos de pie.

—Tengo que besarte con fuerza. ¿Cómo resistirme? Es imposible —dijo él echándose a reír.

—No tan imposible —dijo ella—. A veces... —añadió riéndose.

—Ahora soy yo el que no quiere que salgamos —dijo él.

—Ya lo creo que vamos a salir. Déjame ver si tengo la llave.

—Se puso a revolver en el bolso—. Aquí está. Tienes pintalabios, Jimmy. Aquí, déjame a mí. Préstame el pañuelo. Ya está.

Jimmy le abrió la puerta y, con la mano libre, hizo como si fuera a darle una palmada en el trasero, aunque no llegó a tocarla. La muchacha llamó el ascensor, que abrió las puertas con un chirrido.

—Buenos días, señorita Stannard —dijo el ascensorista.

—Buenos días —dijo ella.

Entraron y la cabina empezó a bajar, pero se detuvo en el piso inferior, donde entraron un hombre y una mujer. El hombre era exactamente de la misma estatura que la mujer, lo cual hacía que pareciera más bajo.

—Buenos días, señor Farley. Señora Farley —dijo el ascensorista.

—Buenos días —dijeron los Farley.

Ninguno de los ocupantes miró a los demás. Mantuvieron los ojos fijos en los hombros del ascensorista. Nadie habló hasta

que llegaron a la planta baja, entonces Isabel sonrió y dejó que la señora Farley saliera primero, luego salió ella y el señor Farley movió la cabeza hacia la puerta y le indicó con la mirada a Jimmy que pasara delante... tras lo cual quedó francamente sorprendido al comprobar que, en efecto, Jimmy se le adelantaba. Pese a eso, los Farley alcanzaron antes el portón, al otro lado del cual ya estaba el conserje esperándolos junto a la puerta abierta de su automóvil. El automóvil, un Packard descapotable de cuatro plazas, rugía como alardeando de potencia, de modo no muy distinto a una lancha motora borbotando sobre el agua.

—Que nosotros tengamos que ir a pie y que los papanatas esos puedan permitirse un cochazo como ese... Da igual, todo eso cambiará, vaya si cambiará. Supongo que ya sabes quién armó una buena anteayer en Union Square.

—Me lo puedo imaginar —dijo Isabel.

—Creo que no me gusta ese tonillo. No me preguntes por qué, pero no me gusta.

Y dicho esto comenzó a silbar y ella se puso a cantar: «Quiero volver a Man-hattan, sucia y querida ciudad».

En Madison Avenue estuvieron a punto de ser arrollados por un enorme taxi de la marca Paramount, y cuando Jimmy increpó al taxista, este le respondió: «Anda y que te zurzan». Tanto Isabel como Jimmy oyeron claramente que la única pasajera, una joven con un abrigo de piel, le decía al taxista: «Bien dicho, que los zurzan». El automóvil apuró el semáforo y continuó bajando por Madison a todo gas.

—Qué encanto de chica —dijo Isabel—. ¿La conoces?

—¿Cómo voy a conocerla? Evidentemente, vive por este barrio. En el sur de Manhattan no hablamos así, ni siquiera en el Village.

—No, claro que no, solo que no sé si has notado que el taxi se ha ido en dirección sur como una flecha.

—Sí, lo he notado. Claro que, para desagradable, la pareja con la que nos hemos cruzado en el ascensor. El señor Hola-Yo-Estudíe-en-Princeton con sus gafas y su esposa. Me juego lo que quieras a que ahora mismo están teniendo una buena pelotera en

esa tartana suya tan estupenda. Prefiero conocer a una chica que grita «Que te zurzan» que a dos personas educadas que no ven el momento de quedarse a solas para poder lanzarse al cuello una de la otra.

—Bueno, esa es la diferencia entre tú y yo. Yo prefiero vivir en esta parte de la ciudad, donde la gente al menos...

—No he dicho nada de vivir con ellos ni de tenerlos por vecinos. Solo he dicho que prefiero conocer a una chica como esa... a esa chica... que a esa gente. Solo eso.

—Me reitero en lo dicho. Prefiero *conocer* a ese hombre y a su mujer. Y, de hecho, los conozco. Él es arquitecto.

—Me importa tres leches quiénes sean; lo que me gustaría saber es quién es la chica.

—Una que se pone un abrigo de visón un día como hoy tiene que ser una ordinaria.

—En algún momento habrá tenido cierta categoría, si tiene un visón. —Jimmy guardó silencio unos segundos antes de proseguir—. ¿Sabes qué estoy pensando? No, no lo sabes. Voy a decírtelo, pero tienes que prometerme que no vas a molestarme... Estaba pensando que entre nosotros tiene que haber una fortísima atracción sexual; si no, ¿por qué íbamos a seguir viéndonos, si peleamos tanto?

—Si lo piensas bien, solo peleamos por una razón, y es por la forma en que me hablas.

Él se abstuvo de decir nada y caminaron varias calles en silencio.

Cuando llegaba el domingo por la mañana, a Paul Farley no le gustaba quedarse solo con su mujer, ni a Nancy Farley quedarse sola con Paul. Los Farley eran católicos, si bien en el momento de casarse, al cuarto verano de terminada la guerra, nadie habría podido adivinar, por lo que decían los periódicos y sin mirar sus apellidos, que la ceremonia iba a tener lugar en la iglesia de San Vicente Ferrer. De Paul se dijo: «Estudió en el Colegio Lawrenceville y en Princeton, y combatió en Europa en calidad de teniente segundo de una compañía de ametralladoras de la 27.^a

División. Es miembro de la Asociación de Antiguos Miembros del Escuadrón A, del Princeton Club y del Racquet and Tennis Club». Y de Nancy se dijo: «La señorita McBride es miembro de la Liga Juvenil, estudió en el Colegio Brearley y en Westover, y fue presentada en sociedad la temporada pasada en un baile del Colony Club y, posteriormente, en el Cotillón de Solteros de Baltimore, Maryland».

Una vez casados, tuvieron hijos, tres, seguidos; pero cuando el tercero, una niña, murió, Nancy, que tanto había deseado una niña, tomó una decisión que supondría un gran cambio en su vida. Hasta entonces, Nancy había sido una chica que siempre había hecho lo que le gente le decía. Una sucesión de personas: su madre, en menor medida su padre, la niñera, la institutriz, los profesores, la Iglesia. El olor de santidad era discreto, aunque perceptible, en casa de los McBride, pues el tío paterno de Nancy había sido buen amigo del difunto cardenal Gibbons, y los McBride, como decían ellos mismos, eran muy conscientes de su posición. Era, pues, un hogar religioso, incluido al servicio, y, para cuando Nancy hizo su puesta de largo, la mansión familiar, sita en la calle setenta Este, contaba todavía con un buen número de cuadros religiosos y apenas podía encontrarse en ella un mueble que no contuviera un cajón repleto de cuentas de rosario rotas, crucifijos sin Cristo, el devocionario del padre Lasance, el *Ordinario de la Misa* y demás libros de plegarias para ocasiones especiales. Una de las batallas perdidas de Nancy contra la dominación de sus mayores (pues derrotas fueron todas) fue librada con objeto de que retirasen una pila de agua bendita de porcelana blanca adosada a la puerta de su dormitorio. Finalmente, capituló porque una amiga de Westover que había ido a visitarla se quedó llena de admiración y curiosidad ante la presencia del sagrado receptáculo.

Nancy era la menor de cuatro hijos. Thornton, el primogénito, era diez años mayor que Nancy. Había estudiado en un costoso colegio católico, en Yale y en la Escuela de Derecho de Fordham. Trabajaba con su padre en el bufete de abogados y nada le importaba salvo el derecho y el golf.

La siguiente era Mollie, la única hermana de Nancy. Era ocho años mayor que ella y, cuando Nancy se casó, Mollie estaba en las Filipinas, viviendo su vida como esposa de oficial del ejército.

Dos años menor que Mollie era Jay, en realidad Joseph, pero al que todos llamaban Jay. No había llegado a terminar la preparatoria y había vivido casi toda la vida —desde que contrajo la tuberculosis— en Nuevo México. Trabajaba en una monumental historia de la Iglesia y los indios en el sudoeste de Estados Unidos.

Entre Jay y Nancy pudo haber nacido otro hermano, pero resultó ser un embarazo falopiano que a punto estuvo de costarle la vida a la madre. El hecho se le ocultó a Nancy no solo durante toda la infancia, sino aun después de haberse casado y haber tenido dos hijos. El motivo por el que la muchacha no había tenido conocimiento del trágico embarazo falopiano de su madre era porque su madre no sabía muy bien cómo explicárselo. El secreto duró hasta que Nancy perdió a su hija siendo esta todavía un bebé; fue entonces cuando la señora McBride se lo dijo. Aquella demora hizo enfurecer a Nancy. Es posible que, de haberlo sabido antes, su actitud ante la maternidad no se hubiera visto alterada en lo más mínimo, pero no podía evitar sentir que la reticencia de su madre era un insulto que la injuriaba desde la distancia. Las personas debían decirse cosas como esa. La madre de una tenía la obligación de explicárselo... pero luego recordaba que lo que debía ser y lo que era en realidad eran cosas muy distintas en lo concerniente a su madre y el sexo. La señora McBride aceptaba la teoría de la Iglesia de que la educación sexual de los hijos es algo ilícito e indeseable; cuando Nancy cumplió los catorce, su madre le comentó que «esto es algo que les ocurre a las chicas» y no volvió a decir nada hasta que Paul y Nancy se hubieron comprometido. Le señora McBride tuvo entonces una segunda charla con su hija: «No dejes nunca que Paul te toque estando indispueta». Todo lo demás, Nancy lo aprendió intercambiando información con sus compañeras de colegio y leyendo en secreto los folletos de propaganda difundidos por el Gobierno durante la Gran Guerra, en los que se relataban pormenorizadamente las atrocidades que

los alemanes cometían con las mujeres solteras, las monjas, los curas y las ancianas belgas. Los panfletos no lograron convencer a Nancy para que invirtiera su asignación en bonos de la Libertad, pero sí la ayudaron a comprender ciertos aspectos de su anatomía y de la anatomía de los muchachos con los que nadaba todos los veranos en la costa sur de Long Island.

Para Nancy, el sexo había sido saludable, generalmente fuerte y solo un punto desagradable hasta el momento de la muerte de su hija. Paul era considerado, tierno y divertido. La gestación, la incomparable paz de dar el pecho a los niños y el reajuste tras los periodos de lactancia se sucedieron sin apenas miedo ni dolor, y, en ocasiones, con un placer que —sobre todo a la hora de dar el pecho— lindaba con el goce celestial, pues en esos momentos a Nancy la embargaba una sensación profundamente religiosa. Deseaba tener muchos hijos y se alegraba de que las cosas fueran como eran: de que la Iglesia lo aprobara y de que la maternidad le reportara un placer tan elevado. Entonces la pequeña falleció y, por primera vez, Nancy descubrió que una no puede culpar solamente a su cuerpo por el infierno que a veces se ve obligada a soportar. Nancy rompió con Roma el mismo día que murió la niña. Fue una ruptura secreta, pero, cuando un católico rompe con Roma, nunca es por nada.

El hombre del maletín Gladstone de color negro declinó la ayuda de los mozos de estación. ¿Quién iba a querer que le llevaran algo tan pequeño? Si no era nada. ¿Qué se habían creído? ¿Pensaban que no era lo bastante fuerte para llevarlo? ¿Acaso no parecía lo bastante fuerte como para cargar un maletín, un pequeño Gladstone como ese? ¿Pensaban que no era lo bastante joven para llevar semejante maletín? ¿Acaso pensaban...? No lo estarían tomando por un viejo, ¿no? Hmm. Si eso era lo que pensaban, por Dios que estaban muy equivocados. Dios, genitivo de Zeus. La mayoría de los mozos eran jóvenes y parecían bastante fuertes, pero el hombre inspiró profundamente y subió a toda prisa la rampa que conducía al majestuoso vestíbulo. Apostaría lo que

fuera a que era tan fuerte como la mayoría de ellos. ¡Podría haberles partido el espinazo, pero ellos pensaban que eran un viejo y se ofrecían a llevarle su pequeño Gladstone! Se los imaginó en una cuadrilla de trabajos forzados, con el sudor resbalando por sus pellejos satinados. Sus pellejos satinados. Esa era buena. Puaj. Le entraban ganas de vomitar, quería dejar de pensar en cuerpos; se frotó el estómago, apretó su insignia de Phi Beta Kappa y se puso a enrollar con el dedo la cadenilla del reloj, pero por algún motivo eso volvía a recordarle los asuntos de la carne. Lo que quería era pensar en el genitivo, en la pasiva perifrástica, en la voz media, en la tangente y la cotangente, en la reunión de la junta escolar del siguiente martes... De pronto, deseó no haber pensado en la reunión de la junta escolar del siguiente martes ni la de ningún otro martes, y, acto seguido, deseó no haber pensado nunca en nada que no fuera la reunión de la junta escolar del siguiente martes.

Se subió a un taxi y dio la dirección; el chófer tardó tanto en poner en marcha el taxímetro que el hombre repitió la dirección. El chófer asintió, dejando ver la mitad de la cara. El hombre lo miró y lo comparó con la fotografía de la licencia. Mucho no se parecían, pero era lo habitual. Supuso que cualquier empresa cuyos taxis trabajaran en la estación tenía que ser una empresa respetable. En fin, tampoco tenía ninguna importancia.

«Si me limitara a pensar en las reuniones de la junta escolar, ahora no estaría aquí, metido en un mugriento taxi de Nueva York, inventando mentiras para poder venir a esta ciudad. Una mentira que es tanto más grave por el hecho de que tengo mis razones para estar aquí. ¡Maldita sea esa chica! Soy una buena persona. Soy una mala persona, una persona ruin, pero ella es peor. Ella sí que es mala. Mala de verdad, el mal personificado. La Maldad. No es que sea malvada, es que es la pura Maldad. Si ahora tengo que verme así, es por su culpa, porque es malvada. Yo antes no era malo, en absoluto. Nunca fui malo hasta que la conocí. Cometía mis pecados, pero no era malo. No estaba corrompido. Antes de conocerla, no quería venir a Nueva York. Es ella la que me obliga a buscar excusas para venir aquí, la que me obliga a

mentirle a mi mujer, a engañarla, con lo buena que es, la pobre, qué buena es. Esa chica es perversa y las llamas del infierno no son suficiente para ella. ¡Ah, un poco de aire! Qué bien sienta el aire fresco, aunque sea en un taxi. ¡Un taxi con aire fresco! ¡Por Dios! El programa de Amos y Andy. Mírate, aquí pensando en Amos y Andy, en lo que significan. Tu casa. Las siete en punto. El olor de la cena casi lista, a punto de ser servida cuando Amos y Andy aparecen en antena. ¿Soy yo el mismo hombre al que le gusta escuchar a Amos y Andy?» La puerta se abrió, se apeó y le pagó al taxista.